

te que, para Rosa María Rojas, romanticismo es lo arbitrario, lo que carece de articulación, lo desorbitado.

Sus observaciones son valiosas. Sobre todo aquella referente a los «banquetes hasta con veintisiete discursos...».

No sabemos si probará, al fin, el romanticismo de Estados Unidos. En todo caso y aun cuando se trate de una nación que ha superado etapas que todavía no recorreremos, habrá probado que no es imposible la armonía entre países de modalidades distintas y que éstas, muchas veces, no son sino el resultado de una visión errada o imperfecta.

Una pregunta queda girando en nuestra memoria: ¿Por qué Rosa María Rojas aplicaría, a la música del «blue», los epítetos de soñolienta y majadera?—A. TORRES P.



LIBERTAD SOBRE LA CARICATURA

Vamos a valorar un álbum de caricaturas, no por sus ángulos de estrictez crítica demasiado rigurosa, sino que vamos a decir aquellas verdades sobre las cuales la realidad y la fantasía, el sueño y la tierra, la espuma o la piedra construyen esos agradables peldaños por donde se sube al paraíso de lo perdurable. De aquello no discutible, porque, al menor rastro de una desarmonía inquietante, corre el riesgo de perder todos los hilos trenzados con maravillosa invisibilidad.

De la caricatura a nosotros no habrá más que un trozo de corazón temible, otro de sueño requerido, y una libertad cimentada en las expresiones más finamente adecuadas. Así, el trayecto para llegar a la pequeña ciudad de la sorpresa será tan variada en justos, prolongados o breves caminos, que los obstáculos quedarán, al fin de todo, transformados en partículas integrantes del viaje mismo. De allí que la libertad que nos hemos tomado sea indispensable, además de ser justa.

Y bien. Este preámbulo leve, esta introducción de motivos casi particulares, nos ha servido para comenzar el examen plural de un arte que en Antonio R. Romera adquiere una plenitud singular vitalizada por diversas y apropiadas circunstancias.

Desde luego, toda comunicación directa, todo el espacio ahorrado por la realidad, en la caricatura pasan a ser materia sobrante, vaga, presente sólo para un recuerdo o para una memoria. Para una cristalización que marca severamente un límite dado, una situación determinada o una conquista que pertenece a uno u otro extremo de un todo también, por cierto determinado.

Entonces, al llegar a las realizaciones que Romera nos presenta, al ir descubriendo un mundo diferente al descubierto por una razón tan frecuente como la vida de hoy, de ayer o de mañana, las intenciones o los deseos, las admiraciones o las pasiones, cambian con movimientos de acelerada angustia, en tanto que los ritos que ayer nos impedían captar los gestos, predecir las miradas o predestinar algunos de los actos cotidianos, llegan a un instante en que la concepción de esta esclavitud puramente revestida, desaparece.

Y quedan los gestos. Los primordiales.

A esa altura, el caricaturizado se presiente, pero no se conoce. Admite todas las realidades de fondo cualitativo, a la par que despoja su figura de aquellas observaciones que sus complejidades sutiles rechazan con una inconsciencia naturalmente sana.

Romera se introduce a estas querellas internas con una visión cualitativa de sentimientos y expresiones. Busca lo particular, encuentra un todo arraigado en emociones, y lo sintetiza, agregándole esas materias colorantes que suelen ser llamadas sátiras. O bien, constituye un mundo a su modo, matizándole con un poco de mundo ajeno, para contribuir así a la mayor armonía de los conceptos y, a veces, de las exigencias.

Cuesta encontrar en estas caricaturas la nota de la discordia o el tono de lo disparejo. Si estas cosas constituyeran un todo inmatizable, sobrevendría el aburrimiento. La tragedia tan perdonable de las cosas que carecen de interés. En Romera, sin embargo, los aciertos nacen en los instantes más impensados, porque radican en objetos de observación permanente, pero variada. Y porque el contacto con la caricatura logra más de una explicación, a la vez que ella corresponde a un destino regido por indudables dotes o por muy amplios y tácitos movimientos.

Ahora, darse cuenta de cierta picardía que Romera instuye a la caricatura, es colocarse justamente en el arte de ésta. Tal vez uno de los puntos fundamentales en el error del caricaturizado es el de colocarse fuera de lo pintoresco, de lo humorístico, de esa dosis de maldad urbana existente en toda buena caricatura. Porque para Romera no existen los temas cuya seriedad carezca de un arte manifiestamente directo. De lo contrario, hay peligro de caer a un retratismo, por demás, vulgar.

La concepción global de la caricatura de Romera nos induce a manifestarnos sobre los ejemplares que han constituido el conjunto de nuestras apreciaciones. Y siendo éste un hecho tan natural como otro conjunto cualquiera de opiniones, tememos quebrantar nuestro ritmo que, sin ninguna estética, tiene, a pesar nuestro, el derecho de ser considerado. Sin embargo, esas partículas que han constuido el haz de nuestro análisis, muestran una serie de características, próximas a la desintegración como arte separado, de muestrario cualitativo. Pertenecen a esta categoría aquellas que nos muestran, a la Política, a Mariano Latorre y a Benedicto Chuaqui. En la caricatura que interpreta la Política hay una sagaz observación, un fondo de interpretaciones finas, a la vez que mordaces. Mariano Latorre, simplemente diseñado, acumula todas las atenciones en una nariz que busca, ante todo, el aire sureño, fragante a flor o fruta. Y Benedicto Chuaqui, en una actitud de plena vida, semeja

encontrar la inspiración en una mariposilla que está pronta a pasar, pero que no ha pasado.

Largo, además que fatigoso, resultaría que fuésemos considerando las tantas y tan interesantes muestras de este álbum, hecho para una horizontal y fina entretención que, sin duda, se hace permanente. Hay que decir muchas cosas mirando a Hitler, a Mussolini, a Luis Durand, a Domingo Melfi, y al mismo Romera. Todos ostentan una configuración rica en hallazgos, en precisiones, en aciertos matizados, muy fuera de los recursos decorativos que suelen confundir la caricatura con un dibujo malogrado.

No ha necesitado Antonio R. Romera ninguna de sus otras cualidades para mostrarse un artista completo. Sus líneas, es decir, todo lo que cabe dentro de sus líneas, todo ese material invisible, pero completo, nos han dado una visión exacta de un dominio interesante, bello, de altas valorizaciones. Si en estas carillas el factor documental, ese que acusa conocimientos, no habita ni pretende buscar el calor que merece, es porque nos tomamos una libertad de sencillez, de emoción inequívoca, de belleza primitiva y un tanto locuaz, para dar unas opiniones que, sinceramente, sentimos y manifestamos.—VÍCTOR CASTRO.